



UN ACCIDENTE INAUDITO

Por: Graham Greene

"UN ACCIDENTE INAUDITO"

Cuento de Graham Greene. Versión y presentación de Manuel Angel M.

El 3 de abril de 1991 empezó este gran escritor inglés su camino hacia la inmortalidad. Greene falleció a la edad de 87 años y su enorme producción literaria le da derecho a seguir viviendo en las bibliotecas y los estantes de las librerías. Su capacidad para crear personajes y atmósferas -heredada de Conrad, de Dickens y de su pariente lejano Robert Louis Stevenson- capta la atención del lector desde el primer momento. Este autor de las almas atormentadas del Siglo XX, cuya obra no fue reconocida por el premio Nobel, pasa a formar con Borges, Joyce, Proust, Woolf, Kafka y muchos otros más, una lista mucho más importante: los grandes escritores no galardonados con este importante premio literario.

La casualidad ha sido muy explotada en la literatura universal. En el cuento que aquí presentamos, el azar juega un papel muy importante en la narración. Se trata de conservar el estilo del autor para que los lectores puedan apreciar ese atributo literario de Greene.

I

Un jueves por la mañana, durante el descanso de la tercera hora, llamaron a Jerome a la oficina del Director. Ningún temor lo asediaba en ese momento. Jerome, en cierto modo, tenía que ver con la administración del Colegio. Disfrutaba de esos beneficios que algunas instituciones educativas conceden a estudiantes privilegiados para que vayan escalando posiciones dentro de la misma organización. El Director, el Señor Wordsworth,

estaba detrás de su escritorio con un aire de inquietud y perplejidad. Al entrar, Jerome presentía que él sí era la causa de un recóndito temor.

- Siéntese Jerome- dijo Mr. Worsworth-. ¿Todo va bien con tu trigonometría ?

- Sí, Señor.

- He recibido de tu tía una llamada telefónica, Jerome. Tengo la impresión de que hay para tí malas noticias.

- ¿Sí, Señor ?

- Tu padre ha sufrido un accidente.

- ¡Oh!

El Señor Wordsworth lo miró con sorpresa.

- Un accidente muy grave -exclamó.

- ¿Sí, Señor ?

Jerome adoraba a su padre. Sí, adoraba: Ese es el verbo exacto.

Así como el hombre vuelve a crear en su mente la imagen de su Dios, así Jerome recreaba la figura de su padre en varias situaciones de la vida: él como autor viudo y fatigado o como misterioso viajero que recorre apartados lugares como Niza, Beirut, Mallorca y las Canarias. Cuando Jerome cumplió ocho años creía que su padre era pistolero a sueldo o agente secreto del gobierno británico. Ahora se le ocurrió pensar que su progenitor había sido herido por una ráfaga de ametralladoras.

El Señor Wordsworth jugueteaba con la regla sobre su escritorio. Parecía ensimismado sin saber como continuar su relato.

- ¿Sabes que tu padre estaba en Nápoles ?

- Sí, Señor.

- Tu tía recibió hoy noticias del hospital.

- Oh.

- Fue un accidente callejero -dijo el Señor Wordsworth con desesperación.

- ¿Sí, Señor ?. A Jerome le pareció lógica la expresión "accidente callejero". Claro que la policía había disparado primero. Su padre no suprimía una vida humana, a menos de que fuera como último recurso.

- Creo que a tu padre lo hirieron de gravedad.

- Oh.

- La verdad, Jerome, es que tu padre murió ayer. Pero sin ningún sufrimiento.

- ¿Le atravesaron de un tiro el corazón ?

- Perdón, Jerome, ¿qué dijiste ?

- ¿Le atravesaron de un tiro el corazón ?

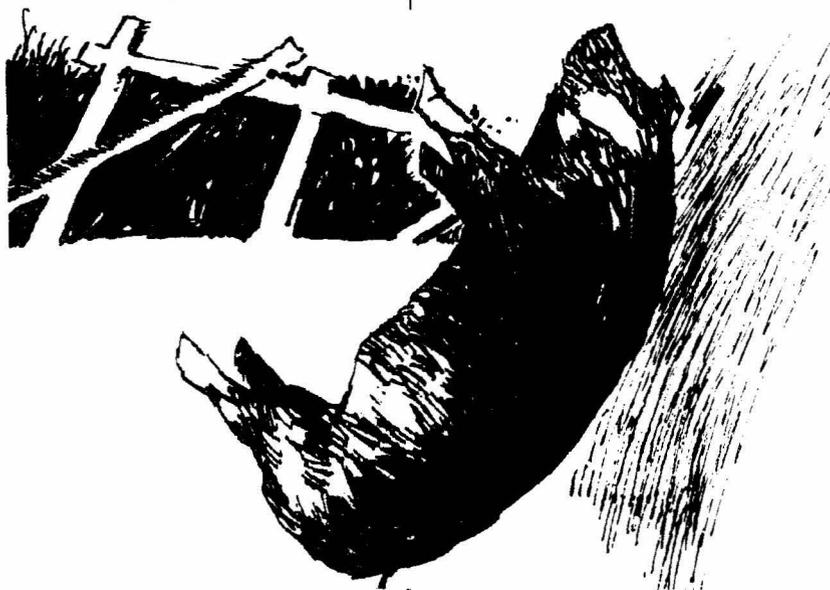
- Nadie le disparó. Un cerdo le cayó encima. Una inexplicable convulsión se reflejó en el rostro del Señor Wordsworth. Hubo realmente un momento en que el Señor Wordsworth casi estalla de la risa. Cerró los ojos, compuso sus facciones y habló con rapidez como si quisiera terminar su historia de una vez.

- Tu padre caminaba por las calles de Nápoles cuando el cerdo le cayó encima. Un accidente inverosímil. Parece que en los barrios pobres de Nápoles crían cerdos en los balcones. Este animal estaba en un quinto piso. Había engordado tanto que el balcón cedió y se desplomó sobre tu padre.

El Señor Wordsworth dejó su escritorio con prontitud y se dirigió hacia la ventana, dándole la espalda a Jerome. El desconcierto hizo temblar su cuerpo.

- ¿Y qué le pasó al cerdo ? - Preguntó Jerome.

No había insensibilidad en el alma de Jerome. Esa fue la interpretación que el Señor Wordsworth le dio a sus colegas. Aún se discutió su presencia en la escuela como parte del equipo de vigilancia. Tal vez Jerome trababa de visualizar este inesperado hecho para poner en orden su espíritu. Jerome no pertenecía a ese grupo de jóvenes llorones. Era una persona reflexiva que de ninguna manera se le ocurrió clasificar estas extrañas circunstancias de la muerte de su padre en la comicidad. Entendía muy bien que estos sucesos eran parte del misterio de la vida. Fue mucho más tarde, en el primer período de su vida escolar, que Jerome narró su historia al mejor amigo y, con sorpresa, empezó a verificar el efecto que causaba en la mente de sus compañeros. Des-



pués de esta confesión, con un poco de injusticia, se le empezó a conocer como "El Cerdo".

Infortunadamente su tía no tenía sentido del humor. Tenía sobre el piano una ampliación de una fotografía de su padre: un hombre de aspecto triste, en algún lugar de Capri, con un traje oscuro que no le quedaba bien y una sombrilla que lo protegía de los rayos del sol. En el fondo se veían los farallones. Cuando Jerome tenía dieciséis ya tenía conciencia de que ese retrato tenía más parecido con el autor de "El y Sombra" que con el agente del servicio secreto británico. Pero Jerome de todas maneras amaba la memoria de su progenitor. Todavía conservaba las tarjetas postales, sin estampillas porque las había sacado para otra colección, y le causaba dolor cuando su tía se empeñaba en contar la leyenda de la muerte de su padre.

"Un accidente inaudito" era la manera de iniciar la tía su historia, y los que la escuchaban cambiaban de posición, de modo que les permitiera mostrar más su interés y conmiseración. Ambas reacciones eran falsas, por supuesto.

Pero fue un choque tremendo para Jerome cuando comprobó que en la mitad de su narración ese interés tenía visos de autenticidad.

- No puedo admitir que cosas por el estilo se permitan en un país civilizado, solía decir la tía.

- Supongo que Italia se deba considerar como una nación civilizada. En el extranjero una está preparada para todos los eventos y, en verdad, mi hermano era un extraordinario viajero. Siempre llevaba consigo el filtro para el agua: A toda hora mi hermano pensaba que su filtro le dejaba dinero para el vino. ¿Cómo podría uno imaginar que a una persona tan precavida como mi hermano lo hubiera aniquilado un cerdo cuando se paseaba por la Avenida Dottor Emanuele Panucci ?

Era exactamente en este instante cuando el interés llegaba a su más alto nivel.

El padre de Jerome nunca se había distinguido como escritor, pero parece que alguna vez llega esa oportunidad: después de la muerte del autor cuando alguien piensa que vale la pena escribir a los suplementos literarios con el anuncio de una posible biografía del desaparecido, con la esperanza de recibir anécdotas y documentos de sus amigos. Por supuesto que no todas las biografías aparecen y uno se pregunta si el biógrafo en potencia no busca la ocasión de terminar su educación en alguna parte del mundo. Sin embargo, Jerome, como contador diplomado, vivía muy apartado del ambiente literario. Jerome no comprendía que esta amenaza era mínima, ni tampoco entendía que ese peligro, para una persona tan desconocida como su padre, ya habrá pasado. Intentaba narrar la muerte de su progenitor

reduciendo hasta lo más ínfimo el elemento cómico de la historia.

No serviría para nada ocultar el hecho ya que el posible biógrafo recurriría a su anciana abuela que todavía exhibía muchos signos de fortaleza.



A Jerome le parecía que para afrontar el problema había dos alternativas. La primera sería llegar apaciblemente al accidente; con lentitud, para que el oyente de la narración estuviera preparado para el final: que esa muerte llegara como

un anticlímax. El peligro de despertar la risa siempre era una sorpresa. Cuando Jerome aplicaba este método, empezaba a aburrirse inmensamente.

- ¿Conoces en Nápoles esos altos edificios cuyos inquilinos son gente indigente, sin medios para subsistir ? Alguien me dijo que los napolitanos se sienten en Nueva York como en sus propias casas, exactamente como los turineses se sienten en Londres.

- ¿Cuál es la razón?: sus ríos, que tienen muchas similitudes., ¿Dónde iba? Oh, sí. Nápoles, por supuesto. Te sorprenderías de las cosas tan extrañas que estos residentes de barrios populares tienen en los balcones de los edificios de arrendamiento. No es ropa, sino animales de toda clase, pollos y aún cerdos. Se entiende que los cerdos se engordan demasiado porque no hacen ningún ejercicio.

Ya en su mente se imaginaba los ojos que abrirían sus oyentes.

- No tengo la menor idea de cuánto podría pesar un cerdo, pero estas viejas construcciones están muy deterioradas. Cualquiera puede notar que necesitan reparaciones. Un balcón del quinto piso cedió con el peso de estos animales y se vino a tierra. Mi padre se dirigía al Museo Hidrográfico cuando el cerdo lo golpeó. Viendo desde esa altura le fracturó el cuello: Realmente esta era una manera de hacer tediosa una historia esencialmente interesante.

La otra opción era aplicar la virtud de la brevedad.

- A mi padre lo mató un cerdo.

- ¿Verdad? ¿En la India?

- No, en Italia.

- ¡A qué interesante! No sabía que en Italia existía la caza del jabalí. Era tu padre un experto en el polo?

- Con el correr del tiempo, ni muy temprano ni demasiado tarde, Jerome que como contador llevaba muy bien sus cuentas, se comprometió con una niña de veinticinco años. Una mujer de cara fresca y de aspecto agradable llamada Sally, hija de un médico. Sally disfrutaba la lectura y desde la edad de cinco años, cuando le regalaron su primera muñeca que movía los ojos y hacia pipí, adoraba a los niños. Su relación con Jerome era más placentera que provocativa.

Sin embargo algo preocupaba a Jerome. Ahora que faltaba un

año para él mismo ser padre, el amor por su difunto progenitor aumentaba. Comprendía cuánto afecto llenaba su corazón cuando miraba las tarjetas postales. Sentía esas ansias de proteger la memoria de su padre y al mismo tiempo experimentaba una especie de incertidumbre al imaginarse una insensible reacción de Sally al escuchar la historia de la muerte de su padre. Sería capaz de conservar este dulce amor si su futura esposa se riera de este inverosímil hecho? Inevitablemente Sally oiría la historia esa noche cuando fueran a cenar a la casa de su tía. Varias veces trató Jerome de contárselo, porque naturalmente Sally quería saber todo lo relacionado con su vida.



- ¿Eras muy pequeño cuando murió tu padre?

- Sólo nueve años.

- Pobre, mi pequeño -dijo ella.

- Yo estaba en el colegio cuando me dieron la noticia.

- ¿Fué un golpe muy duro para tí?

- No lo recuerdo.

- Nunca me contaste como sucedió.

- Fue todo tan de repente, un accidente callejero.

- Tú nunca conducirás el carro rápido. ¿Verdad Jemmy?

Ya había empezado Sally a llamarlo "Jemmy". Demasiado tarde para ensayar el segundo método: el de la cacería del cerdo salvaje.

En un año se casarían calladamente en la oficina del Registrador y pasarían la luna de miel en la estación balnearia de Torquay. Jerome hizo lo posible por ir a casa de su tía solamente una semana antes de la boda, pero llegó esa esperada noche y el futuro esposo se encontraba en una encrucijada: el temor por el recuerdo de su padre o la seguridad de su amor por Sally.

El momento definitivo llegó demasiado veloz.



- ¿Es ese el padre de Jemmy? - Preguntó Sally recogiendo el retrato donde se le veía con sombrilla.

- Si, querida, ¿Cómo lo adivinaste?

- Tiene las cejas y los ojos de Jemmy, ¿no es verdad?

- ¿Te ha prestado Jerome sus libros?

- No.

- Te los regalaré para tu boda.

- Escribió con tanta ternura sobre sus viajes. El que más me gusta es "Nooks and Crannies". Habría sido un gran escritor si ese inaudito accidente no lo hubiera emperrado todo.

- ¿Sí?

Jerome quería huir de ese cuarto para no tener que ver ese amado rostro reventar de la risa.

- Recibió muchas cartas de sus lectores después de que el cerdo le cayó encima.

Nunca había mostrado su tía tanta aspereza.

Luego sucedió un milagro: Sally no se rió. Sally se sentó con sus ojos llenos de terror al oír la historia y, finalmente, dijo:

- ¡Qué horror ! Eso te pone a pensar¿(verdad?
¿Un suceso así, en pleno día ?

El corazón de Jerome cantaba de alegría, como si todas sus aprehensiones hubieran desaparecido para siempre. Jerome la besó apa-

sionadamente como nunca lo había hecho antes. Sally le devolvió esa pasión con la misma intensidad. Se refán los futuros niños en sus pupilas azules. Niños que movían sus ojos y hacían pipí.

- Dentro de una semana. - dijo Jerome al apretarle su mano. ¿En qué bellos pensamientos te ocupas, mi amor ?

- Me preguntaba, -dijo Sally, - ¿Qué le pasó al pobre cerdo ?

Seguro que hicieron un buen asado -replicó Jerome al volver a besar a su adorada novia.

FUENTE: Mc. Donnelle, Helen and Others. England in Literature. Glenview: Scott, Foresman and Company. 1987.